

recordando...

SOBRE Hitchcock se ha dicho ya, prácticamente, todo. En realidad, casi siempre la pasión ha dominado sobre el análisis crítico sereno. A un período de desprecio absoluto por la obra del orondo director siguió otro de ensalzamiento irracionalista que llegó a límites casi místicos y, como lógica reacción a esta postura, vino otra que, partiendo de postulados desmitificadores, llegó en ocasiones a confundirse con la primitiva. El hecho es que, entre unas cosas y otras, raramente la personalidad del viejo Alfred ha sido puesta en su verdadero sitio. La circunstancia, por último, de que su nombre haya sido, si no el único, el primero entre los de los realizadores cinematográficos sobre el que se ha montado la publicidad de los films ha contribuido a incrementar la confusión en torno al asunto.

La reposición de «Recuerda...», uno de los films que, hace una veintena de años, pusieron en órbita a su realizador, sugiere una serie de consideraciones en torno a él y, sobre todo, a su influencia posterior. La película supuso no sólo un éxito en cuanto obra aislada, sino la vía libre para todo un género cinematográfico que, durante unos años, se convirtió en uno de los más cultivados por Hollywood, el del cine que se dio en llamar «psicológico» y que más bien debería haberse calificado de «psiquiátrico». Era la época del gran apogeo del psicoanálisis en América, apogeo provocado, en parte no despreciable, por el momento histórico en que se producía, el del final de una guerra que, para un país que desde hacía muchos años no había padecido una en la misma medida en que lo habían hecho los europeos, representaba un verdadero motivo de «shock». Se operaba, pues, una transferencia, en el sentido de que el impacto de un hecho histórico sobre los individuos componentes de una sociedad se traducía a la escala de esos mismos individuos privado de sus componentes sociales e históricos. La doctrina freudiana, en la que se apoyaba sin excesiva preocupación científica todo este tipo de cine, servía muy bien a sus propósitos, en espera de que el fin de las hostilidades permitiera encarar los temas más de frente o, como luego sucedió en realidad, a partir de la persecución maccarthysta e incluso pre-maccarthysta, utilizando los meandros del cine negro. En todo caso, es indudable que, al margen del factor moda, en la floración de este tipo de cine hubo un reflejo, más o menos consciente y asumido, de un estado de angustia colectiva que existía en el país, con sus complejos de culpabilidad y de alienación de terceros.

En este sentido, «Recuerda...» es quizá uno de los más claros y mejores exponentes. Realizado en las postrimerías de la contienda, el film resiste perfectamente el paso del tiempo, a pesar de la enorme evolución sufrida por el lenguaje cinematográfico en los últimos veinte años. Ha envejecido, eso sí, la temática, la ingenuidad de las pretensiones científicas, el didacticismo que en muchos momentos salta a primer plano. Pero, a partir de ese supuesto básico, todo lo que en el film hay de juego, de maquinaria bien montada, de ejercicio brillante, sigue siendo válido. El relato, dentro del clasicismo que era de rigor en los años cuarenta, todavía demasiado cercanos a la revolución del sonido y no lo suficientemente próximos a ella como para que pudiera hablarse de verdadera ruptura y de invención de nuevos procedimientos narrativos, es, en todo momento, fluido y eficaz. Falta, eso sí, una de las dimensiones que hacen más interesante el cine de Hitchcock, el humor, que prácticamente sólo aparece en la escena en que la doctora Petersen espera en el vestíbulo del hotel a su paciente y enamorado. El resto es más lineal y, repito, los fallos que hacen que el film se resentía de los años sobre el transcurrido están más en el género en el que abiertamente se inscribe que en la propia obra. Y lo que hace que, en su conjunto, siga fresco y pueda hablarse de un modelo dentro de sus limitaciones es más su tono general que los alardes muchas veces gratuitos, como el famosísimo plano a través del vaso de leche, que tanta tinta ha hecho correr, o el sueño de Dali, que queda muy por bajo, en su pretenciosidad, de tantas y tantas secuencias oníricas como han aparecido en el cine, desde el maestro Buñuel al cine musical en sus mejores momentos.

Ahora bien, si la película sigue fresca, como obra aislada, al margen de la decrepitud del género al que pertenece, no es menos cierto que ello se acusa, sobre todo, en función de la comparación con cuanto, veinte años después, se ha venido haciendo en la misma línea, incluso por el propio Hitchcock de última hora —«Marnie»—, pero, especialmente, por falsos epígonos cuyas imágenes nos vienen a la memoria, como calcos desafortunados, a la visión de cada una de las de «Recuerda...», trátase de «Sombras de sospechas», un film relativamente antiguo de Michael Anderson, o del recientísimo «Espejismos», del un día interesante Dmytryk, por no hablar del desafortunado sueño de «La vida nueva de Pedrito de Andía». Evidentemente, si Hitchcock es discutible —que lo es, y mucho—, no puede negársele un talento evidente y una gran sabiduría a la hora de hacer «funcionar» el tema más aparentemente insalvable. Y mucho menos que, dentro del género que cultiva, o de los subgéneros en que ocasionalmente ha hecho incursiones, sus imitadores se quedan en eso, en imitadores. Lo que no quiere decir que Hitchcock sea el cine, ni el cine sea Hitchcock.

CESAR SANTOS FONTENLA

los físicos

EL estreno de la obra de Durrenmatt en el teatro Valle Inclán nos remite a juicios de diverso orden. Vayamos por partes.

Que el tema posee una base histórica, es indudable. Desde el famoso documento firmado por Einstein y una serie de investigadores ilustres, hasta el caso Oppenheimer, hay mil ejemplos que testimonian —y el gran Bertrand Russell vendría a ser la más incansable de las voces— esta especie de lúcido terror que la era atómica ha provocado en los hombres de ciencia. Vivimos, por decirlo de otra manera, un tiempo "de mala conciencia" de los físicos.

Los fundamentos de esta "mala conciencia" son múltiples. Nacen, de una parte, del sentimiento de haber contribuido a un automatismo, a partir del cual el hombre ha llegado a perder la noción de muchos de sus actos cotidianos. La ciencia —y éste es el ejemplo de Durrenmatt— permite que el más ignorante de los hombres, sin más que dar vuelta a una llave, pueda poner en marcha el proceso eléctrico que enciende una bombilla. Las consecuencias que se derivan de esta reflexión son inmediatas: la ciencia, al cumplir su función industrial al servicio del bienestar, ha ido agrandando la distancia entre ella y el hombre medio. Su meta ha consistido —en lo que se refiere a una ciencia aplicada a la vida del hombre medio— en simplificar la "puesta en marcha" de los mecanismos al tiempo que éstos eran más complicados y perfectos. La paradoja resulta clara. Si la ciencia ha hecho posible un gran progreso material y ha redimido al hombre de numerosas injusticias, de otra parte ha creado un tipo de poder lleno de peligros. Se diría que en su deseo de eliminar la intervención del hombre diferenciado, de lo que pudiéramos llamar "valores personales", ha determinado la presencia de hombres-pieza, cuya vida ideológicamente pobre y sentimentalmente trivial, discurre normalmente gracias a una serie de reflejos educados por el hábito. Todo esto, que no es posible, naturalmente, explorar en esta columna teatral, ha cobrado una especial dimensión a la hora de los arsenales atómicos. El ejemplo se repite: el hombre más imbécil podría apretar el botón.

La segunda razón de la "mala conciencia" ya está dicha: el científico siente que una gran parte de su trabajo se ha puesto al servicio de la destrucción. Ha llegado la hora de arrepentirse, de quemar fórmulas y de esbozar un poco de vieja poesía. También, llegado el caso, puede hablarse de los inmutables apetitos humanos y de la traicionada buena fe del investigador. Amén.

Yo no estoy de acuerdo con este planteamiento. Ante una obra como "Los Físicos", si bien agradezco cuanto hay en ella de llamada a la paz, siento que las partes fundamentales del proceso me han sido escamoteadas. Otro tanto ocurre con muchas de las condenas sentimentales de la guerra. Hay que ser, irremediablemente, más explícitos y más rigurosos. Yo, como espectador, tengo perfecto derecho a preguntarme por qué "los físicos" no se formularon estas cuestiones de conciencia a raíz de los horribles bombardeos de la última guerra, o ahora y en razón de los bombardeos que se efectúan sobre un pueblo asirio. Me entra inevitablemente la sospecha de que estoy ante una de las contradicciones del idealismo, sino que ahora llevada a sus extremos más brutales. Mientras se ha tratado de matar a hombres concretos —judíos, franceses, blancos, azules o verde limón—, el mecanismo idealista ha conseguido conciliar el derramamiento de sangre con las más hermosas máximas. Pero ahora, cuando es el hombre en abstracto —y, en concreto, la civilización a que esos investigadores pertenecen— lo que está en peligro, parece llegado el momento de rechazar lo que es, simplemente, el último eslabón de una larga cadena.

Organizado el mundo sobre una moral de competencia y de éxito, entendida la sociedad como una lucha en la que ha de vencer el más fuerte, planteada la historia como un combate a muerte por el poder, los arsenales atómicos no dejan de ser la más matemática de las consecuencias. Por eso no vale este golpe de pecho de "los físicos" de Durrenmatt, ni es tampoco válido este fatalismo de los responsables. La guerra atómica, ciertamente, ha de ser rechazada, pero también las demás guerras. Y el único y positivo modo de hacerlo es poner al descubierto sus causas, adentrarse en la moral y la economía que, hasta ahora y aun ahora, las ha hecho inevitables.

JOSE MONLEON